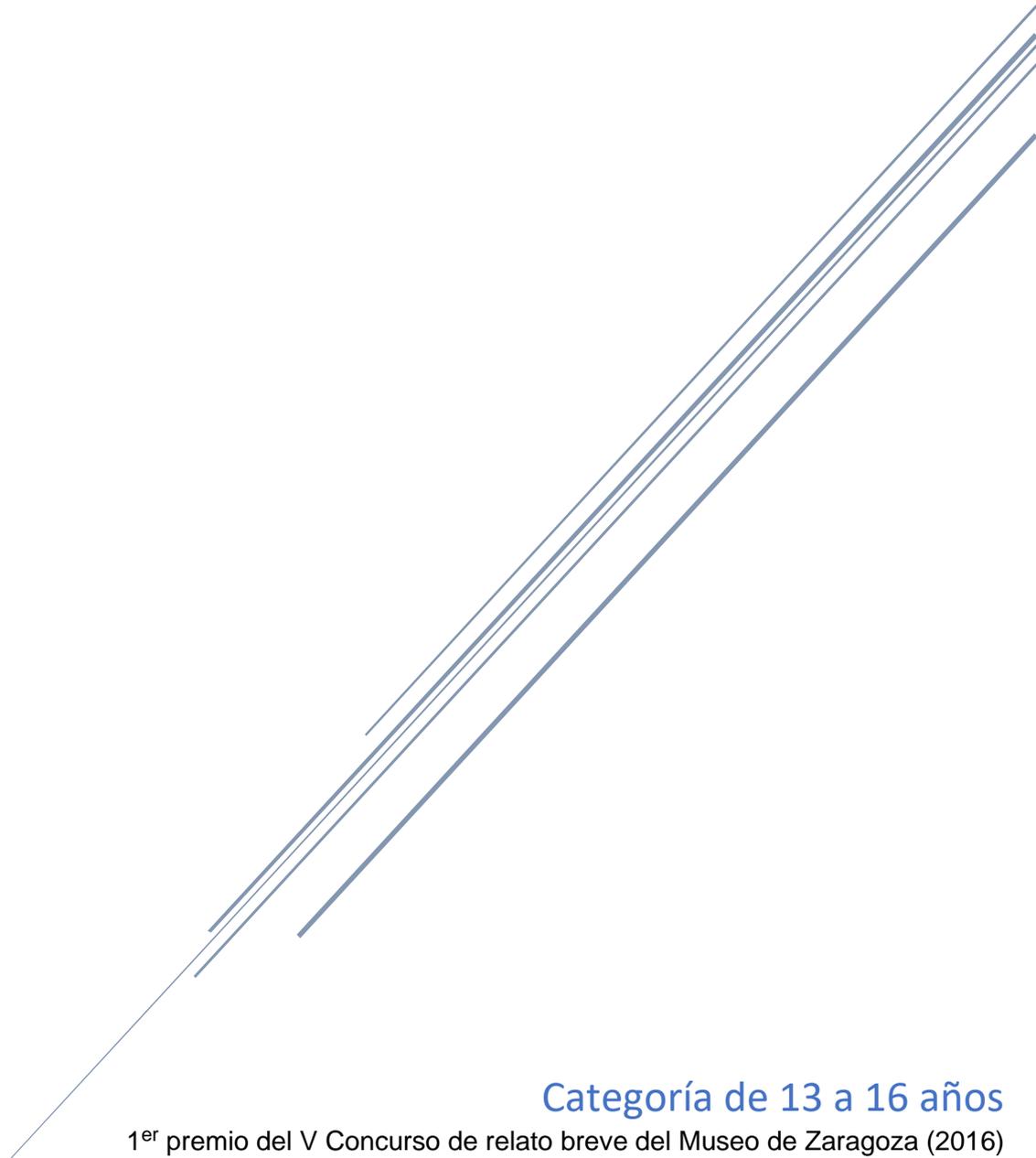


APOTROPAICAS

Lorena Caswell



Categoría de 13 a 16 años

1^{er} premio del V Concurso de relato breve del Museo de Zaragoza (2016)

APOTROPAICAS

«Apotropaicas» Lo tuve que leer tres veces y repetirlo otras tres. ¿Qué significaba esa palabra? Al llegar a casa la busqué en mi diccionario favorito (sí, tengo un diccionario favorito) y este decía: *Dicho de un rito, de un sacrificio, de una fórmula, etc.: Que, por su carácter mágico, se cree que aleje el mal o propicia el bien.*

Perdonad, no me he presentado, me llamo Cara y esta palabra la leí, por primera vez en mi vida, en una cartela del Museo de Zaragoza. Mi clase y yo fuimos de excursión al Museo de Zaragoza, un 21 de junio, para hacer una visita guiada a todo el museo.

En la zona de protohistoria, me llamó poderosamente la atención una pieza celtíbera de hace unos 2300-2100 años: una cara (me llamo Cara, recordad). La cara, en arenisca y ennegrecida, estaba colocada en la pared y (sé que os va a sonar raro) notaba su mirada curiosa. Me quedé tan anonadada mirándola que no me di cuenta de que mi grupo se había ido. Decidí esperar a que alguien viniese a buscarme, cuando vi que la cara comenzó a brillar con una luz parecida a la de la Luna y comencé a oír unas voces ininteligibles pero hipnóticas. Estaba entre fascinada y asustada, así que decidí ir a buscar a mi grupo al patio. Al salir no estaba en el patio del museo, sino en una llanura que a lo lejos tenía lo que parecía ser un poblado celtíbero. Miré atrás y vi que el edificio del museo había desaparecido. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Y sobre todo, ¿en qué época estaba? Me quedé paralizada sin saber qué hacer.

—Vale, Cara, tranquila, esto es un sueño —me dije; así que me pellizqué el brazo. Nada. Me pellizqué otra vez y otra y otra sin efecto alguno hasta que desistí. Comencé a asustarme más, si cabe; ¡había viajado en el tiempo!

El poblado estaba elevado y fortificado y se veía bastante grande. No me iba a quedar de brazos cruzados, así que me encaminé hacia el poblado, que estaría a unos quinientos metros.

Muy cerca de mi destino me encontré con una chica de unos 10 años (mi edad) que paseaba con aire despreocupado. Llevaba una túnica color frambuesa de manga corta con un cinturón de cuero marrón. También llevaba una cinta en la cabeza, un brazaletes con forma de serpiente y sandalias. Se me quedó

mirando con una mezcla entre miedo y sorpresa. Me preguntó quién era en una lengua desconocida pero que comprendía perfectamente. Lo más extraño fue que yo le respondí en esa misma lengua.

—Me llamo Cara —le dije. Levantó una ceja. No sabía porqué le había chocado mi nombre puesto que es de origen celtíbero.

—¿De dónde vienes? —me preguntó.

—Eeemm... pues de un poblado cercano... de Arcóbriga. —Menos mal que me acordé de lo que habíamos estudiado en clase. Levantó la otra ceja.

—No serás romana, ¿no?

—No, que va.

(Os estaréis preguntando por qué Cara no se sorprendió por mi ropa. Ese día, como iba al museo, me había puesto un vestido blanco hasta las rodillas de algodón y de inspiración griega y unas sandalias romanas marrones.)

—¿Dónde estamos?

—Se bienvenida a *Sekaiza*. Yo me llamo Cara —me dijo con una sonrisa. Me sorprendió mucho; es curioso que tenga que viajar al pasado para conocer a alguien que se llame como yo.

Sekaiza o Segeda (que significa la «poderosa»), como había estudiado en el cole, era una población bela¹ situada entre las actuales Belmonte de Gracián y Mara. Era una ciudad bastante desarrollada por lo que los romanos le declararon la guerra en el año 154 a.C.

—Perdona por haber sido tan arisca, pero, como ya sabes, los romanos nos han declarado la guerra y tenemos miedo de que vengan —me dijo.

—No pasa nada.

—A propósito, ¿por qué has venido a *Sekaiza*? —«Eso me gustaría saber a mí también» pensé.

—Verás Cara, yo no vengo de Arcóbriga, sino del futuro —lo dije de sopetón. La miré fijamente y analicé su reacción. Al principio se le pusieron los ojos como platos, pero luego no parecía tan sorprendida, de hecho se mostraba muy sonriente.

¹ Nota del Editor: población bela hace referencia de los gentilicios Belos, Belii o Belaiscos, pueblo celtíbero afincado en la Hispania Citerior.

—Entonces, ¿eres la ayuda que esperábamos! —ahora la que estaba confusa era yo. ¿La ayuda que esperaban?— Acompáñame al poblado. Hay que hablar con Kaciro.

—¿Qué ayuda? ¿Y quién es Kaciro?

Por el camino fuimos hablando y me contó que la sacerdotisa había predicho, por medio de una cara de arenisca mensajera de la Luna que cuando tenía algo que decir brillaba (¿os suena de algo?), que iban a recibir ayuda del futuro para tratar de evitar la inminente guerra contra los romanos. No me podía creer que esta situación fuese real. También me dijo que Kaciro era uno de los ancianos más respetados y el encargado de negociar con los romanos para tratar de evitar la guerra.

Entramos en el poblado por una puerta que atravesaba una robusta muralla. A la entrada había un guardia que le hizo una reverencia a Cara. Me quedé extrañada y ella me lo debió notar, ya que me dijo que era la hija del jefe Caro y que no me lo había dicho antes porque estaba harta de que en el poblado la considerasen como la hija de Caro en vez de como Cara.

Entramos en una casa, allí se encontraba un anciano delgado de blanca barba que consultaba un papiro.

—Buenos días Cara —dijo con una voz amable y una amplia sonrisa— ¿quién es tu amiga?

—Buenos días Kaciro. Esta es Cara —el anciano sonrió sin sorpresa— viene del futuro para ayudarnos a evitar la guerra.

Y ahí estaba yo ante un pueblo atemorizado por una inminente guerra que yo sabía que había ocurrido. Tenía ganas de llorar. ¿Cómo iba a decirle a Cara, a Kaciro y a su pueblo que no se podía hacer nada? Sin embargo, tenía que hacer algo; ellos habían depositado toda su esperanza en mí. Me di cuenta en ese momento de lo que tenía que hacer. Ellos contaban con la sabiduría de Kaciro, la fuerza de Caro, y la esperanza y el coraje de Cara, y con todo eso podíamos hacer que ese pueblo y esas gentes perdurasen y no cayesen en el olvido. Y yo sería quien, en un museo del futuro, los siguiese recordando.

Autora: Lorena Caswell

1^{er} premio del V Concurso de relato breve del Museo de Zaragoza (2016)

Categoría de 13 a 16 años

